

Oriente Próximo en la era de Trump: actos “simbólicos”, conflictos y violencias

ENTREVISTA A IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO*

Ante la reciente escalada de represión militar en la “frontera” entre Israel y Palestina por parte del ejército israelí, y ante la desestabilizadora administración estadounidense bajo la presidencia de Donald J. Trump, resulta necesario atender algunos cuestionamientos sobre el conflicto palestino-israelí que aclaren el confuso panorama. Con este propósito, en esta edición de la Ventana Social entrevistamos a Ignacio Álvarez-Ossorio, profesor e investigador de la Universidad de Alicante, en relación al panorama presente en Oriente Próximo.

Pregunta: El pasado 14 de mayo de 2018, el estado de Israel conmemoraba sus 70 años de creación. Ese mismo día, Estados Unidos se sumaba a los festejos inaugurando su embajada en Jerusalén. En la “frontera” con Gaza, se produjo una numerosa manifestación por parte de la población palestina que ocasionó una fuerte represión por parte de las autoridades israelíes con la consecuencia de más de 50 palestinos muertos y 2000 heridos. ¿Qué reflexión le suscitan, en una perspectiva general, los acontecimientos de este día de cara a las relaciones internacionales y la política global?

Respuesta: Dichos acontecimientos no pueden entenderse sin aludir al contexto en el que vive la población de la Franja de Gaza desde hace décadas. En 2007, Israel, la potencia ocupante desde 1967, decidió imponer un férreo bloqueo por tierra, mar y aire que ha convertido a la Franja de Gaza, el lugar con mayor densidad del mundo, en una cárcel a cielo abierto. Debe recordarse que los castigos colectivos contra la población civil son considerados un crimen de lesa humanidad y eso es exactamente lo que ocurre en Gaza, donde sus habitantes son castigados día tras día por haber apoyado a Hamas en las elecciones legislativas de 2006, todo ello ante el vergonzoso silencio de la comunidad internacional que prefiere mirar hacia otro lado. Desde 2007, las autoridades militares israelíes impiden la libertad de movimiento tanto de personas como de mercancías, lo que se ha traducido en un deterioro generalizado de las condiciones de vida de la población. Al haberse destruido el tejido industrial en las sucesivas operaciones militares contra la Franja —Plomo Fundido en 2008, Pilar Defensivo en 2012 y Margen Protector en 2014—, el 80% de la población depende de la ayuda internacional y el 50% vive bajo el umbral de la pobreza. Esta situación no es resultado de una catástrofe natural, sino resultado de una política meticulosamente planificada. Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que cuatro de cada cinco gazauíes son refugiados, que

* **Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO**, Profesor Titular del Departamento de Filologías Integradas, Universidad de Alicante. Especialista en Oriente Próximo. Algunas de sus más recientes publicaciones son Álvarez-Ossorio, Ignacio, “Civil Society and Political Change in Contemporary Egypt” en Çakmak, Cenap (ed.), *The Arab Spring, Civil Society, and Innovative Activism*, Palgrave-MacMillan, Nueva York, 2017; y Álvarez-Ossorio, Ignacio, *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2016.

Entrevista realizada por:
Melody FONSECA

DOI:
<http://dx.doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2018.38.010>

fueron expulsados de sus hogares en el curso de la *nakba* (la catástrofe), como los palestinos denominan a la primera guerra árabe-israelí en 1948. Muchos palestinos de Gaza interpretan que no tienen nada que perder y que sus expectativas de futuro son prácticamente nulas, de ahí el amplio seguimiento de las manifestaciones.

P: El traslado de la embajada de Estados Unidos de Tel Aviv a Jerusalén, con la consiguiente afirmación del presidente norteamericano Donald Trump que aseveró que Israel es soberano para designar su capitalidad, contraviniendo así otros acuerdos internacionales y declaraciones de la ONU (por ejemplo, resolución 478/1980), conlleva un desacuerdo o conflicto con la comunidad árabe y palestina, así como con el resto de la comunidad internacional. ¿Qué considera que marca este desplazamiento de la embajada, tanto a nivel simbólico como a nivel práctico? ¿Qué consecuencias puede acarrear para el conflicto palestino-israelí?

R: La política exterior de Trump hacia Oriente Próximo está provocando un recrudecimiento de la conflictividad regional. Por una parte, ha concedido carta blanca a Israel para que imponga una solución acorde a sus intereses, lo que pasa por convertir a Jerusalén en su capital eterna e indivisible, tal y como señala la Ley Básica de Jerusalén aprobada por el Knesset en 1980, y por intensificar la colonización de los Territorios Ocupados, todo ello con el objeto de romper la continuidad territorial palestina y hacer inviable el surgimiento de un Estado palestino sobre los territorios ocupados desde 1967, tal y como recomienda la Resolución 1397 del Consejo de Seguridad de la ONU. Por otra parte, también ha dado luz verde para que Arabia Saudí establezca un frente anti-iraní, lo que está polarizando la región, tal y como podemos ver en Yemen o Qatar, países a los que se ha impuesto un bloqueo para tratar de domesticarles. La gran perdedora de esta situación es la cuestión palestina que ha sido relegada a un segundo plano por la mayor parte de los líderes árabes, que la consideran una carga que limita su margen de maniobra. De hecho, buena parte de los países del Golfo mantienen una estrecha colaboración en términos securitarios con Israel a pesar de que no hayan siquiera establecido relaciones diplomáticas, lo que implica un claro paso hacia la normalización de Israel a expensas de la cuestión palestina.

P: Ante el hecho del traslado de la embajada norteamericana, ¿cómo valoraría la reacción de otras potencias como Rusia, China o los países de la Unión Europea?

R: Todos estos países han mostrado su disconformidad ante la decisión de Trump, aunque sus críticas han sido tibias. Quizás el caso más sangrante es el de la Unión Europea, que desde hace varias décadas se limita a mostrar su consternación y su preocupación antes las decisiones unilaterales israelíes en declaraciones y comunicados, pero que no se ha planteado en ningún momento revisar sus relaciones con Israel y congelar el trato privilegiado que le concede en el marco de los Acuerdos de Asociación. Esta actitud es contraproducente, porque entra en abierta contradicción con su teórico respaldo a la creación de un Estado palestino soberano y viable sobre las fronteras de 1967. De hecho, la renqueante Autoridad Palestina, muy cuestionada a nivel doméstico por la falta de avances en el proceso de paz y por el deterioro de la situación sobre el terreno, se sostiene sobre todo gracias a las ayudas que le concede la Unión Europea. Tarde o temprano, la UE se verá obligada a replantearse su política hacia el conflicto, entre otras cosas porque las políticas de hechos consumados

israelíes harán inviable el surgimiento de dicho Estado palestino. La parálisis europea ante la cuestión palestina es una clara muestra de su fracaso a la hora de articular una política exterior coherente.

P: Ante esta nueva oleada de represión a gran escala, ¿cómo entiende que interpela y afecta al conflicto más amplio de la región de Oriente Próximo, en especial con la guerra civil en Siria?

R: Hace ya mucho tiempo que la situación en Oriente Próximo está fuera de todo control. Por una serie de razones, la denominada Primavera Árabe no consiguió impulsar las libertades y la democracia en la región. La intervención de los países occidentales, la falta de cultura democrática de los Hermanos Musulmanes, la resiliencia del autoritarismo, la fractura sectaria y la guerra fría irano-saudí por la hegemonía regional han conducido a Oriente Próximo a una de las peores crisis de su historia contemporánea con varios países convertidos en Estados fallidos (como en el caso de Iraq, Siria, Yemen o Libia) y otros tantos en la cuerda floja debido a su precaria situación económica (Egipto, Líbano o Jordania). La novedad es que esta conflictividad se ha contagiado también al Golfo Pérsico, donde Irán y Arabia Saudí se enfrentan a través de terceros actores en varios países. Además, se ha registrado una polarización en el Consejo de Cooperación del Golfo, que se ha fracturado en dos grandes bloques: uno liderado por Arabia Saudí (y secundado por Emiratos Árabes Unidos y Bahrein), que apuesta por un mayor intervencionismo en la región, y otro compuesto por Qatar, Kuwait y Omán, partidario de la búsqueda de soluciones negociadas. Podemos decir que todo lo que podía salir mal ha salido mal desde 2011, aunque la situación todavía es susceptible de empeorar aún más en el caso de que todas estas crisis se agraven en el futuro. Mientras todo esto sucede, parece que la máxima preocupación de EE.UU. y de la UE es vender más armas a sus aliados regionales, política que tan sólo contribuirá a deteriorar la situación sobre el terreno y alimentar la espiral bélica. ●